

## **ENFERMEDADES DEL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XIX EN ZUMARRAGA**

El siglo XIX vio como algunas epidemias (fiebre amarilla, cólera morbo, viruela, etc.), se propagaron a lo largo de los territorios que hoy componen la Península Ibérica, y que, al menos indirectamente, afectaron a Zumarraga o a las poblaciones comarcanas.

Los movimientos de los ejércitos fueron uno de los vehículos de transmisión de las enfermedades bastante común para la época. Ya desde finales del siglo XVIII Navarra y Gipuzkoa se vieron atacadas por el tifus, la disentería, etc., afectando en estas dos provincias a unas treinta mil personas. Asimismo, en 1813 y 1823 hubo epidemias (sobre todo la fiebre amarilla) en la zona de la costa guipuzcoana, y fundamentalmente junto a la frontera con Francia.

También era meridianamente claro que la zona junto a la frontera era más propensa que las demás: el movimiento de personas y mercancías la hacía más vulnerable, y había que tener exquisito cuidado en evitar los contagios cuando acechaba la enfermedad a uno o al otro lado de la frontera.

El año 1830 vio como un brote de viruela, enfermedad grave para la época, afectó a nuestra población.

Uno de los elementos que mejor sirvió para intentar detener el avance de esa enfermedad era la por entonces recién descubierta vacuna (su nombre viene de una enfermedad que padecían las vacas, transmisible al hombre, y que tenía la virtud de inmunizar al ser humano contra la viruela).

La Provincia puso en varias poblaciones, entre ellas Bergara, la vacuna, debiendo de acudir Zumarraga y los Ayuntamientos de la zona a la villa del Alto Deba a por las dosis necesarias para tratar a los habitantes de nuestro municipio.

La siguiente enfermedad que afectó, aunque sea indirectamente, a nuestra población, fue la denominada como *cólera morbo*, mal que recurrió en sucesivas veces a lo largo del siglo, como muy bien se expone

en un trabajo inédito de Virgilio Bermejo y José Luis Juan que lleva por título “El cólera morbo asiático del siglo XIX en Zumarraga. Un estudio analítico”.

Sin duda fue la enfermedad que con mayor fuerza amenazó a las poblaciones guipuzcoanas. Comenzó en Asia, entrando en Europa por Inglaterra y Francia en 1831; penetró en la Península Ibérica en 1833. Aunque el frío del invierno de ese año casi la redujo a la nada, en 1834 revivió, y fueron los soldados del Comandante en Jefe liberal, Rodil, los que la expandieron por grandes zonas de la Península Ibérica en plena Primera Guerra Carlista.

La enfermedad no afectó directamente ni a Zumarraga ni a Gipuzkoa, pero el hecho de que esta zona se hallase en las cercanías de la frontera, y de que allí se detectase un núcleo o foco infectado, hizo que las autoridades provinciales enviaran comunicados a los Alcaldes para que extremasen su celo contra los posibles riesgos. Así, en la primera oleada de la enfermedad, de 1831 a 1832, ordenaron a las *Juntas Municipales de Sanidad* que registrasen las poblaciones, que limpiasen, a poder ser de noche, las letrinas, los pozos malsanos, los caños y todo aquel lugar en que pudiese haber inmundicias, e hiciesen llenar con arena o piedra los sitios bajos en que se pudiesen estancar el agua.

Les ordenaron también que visitasen con cierto grado de minuciosidad todas las casas de la villa, eliminando los obstáculos que hubiese para la ventilación, la falta de aseo, el excesivo número de personas o animales en los pequeños locales, principalmente de noche; en todo caso, se recomendó a los residentes que ventilasen bien las estancias y que blanqueasen las habitaciones.

Por supuesto, se dio orden de que no se arrojase a las calles animales muertos, restos de ellos, pedazos de pieles, pudiendo sólo tirarlos al río, o en lugares distantes de la población, opuestos al viento que generalmente soplabá en esos lugares, enterrando perfectamente los animales sin vida y sus restos.

Se organizaron también los gastos que habría que satisfacer por esos trabajos, disponiéndose que se tomasen de los propios y arbitrios de las poblaciones.

La enfermedad y las *sensaciones* que le acompañaban estuvieron muy cerca de Zumarraga en mayo de 1832, lo que llevó al establecimiento de tercios forales para poner controles a la población. De todas formas, todo fue un gran susto, porque la enfermedad no hizo mella en nuestras poblaciones.

ARCHIVO MUNICIPAL DE ZUMARRAGA